

Una velada con Einstein

POR JEROME WEIDMAN

CUANDO ERA MUY JOVEN y apenas me estaba abriendo camino en la vida, me invitaron a cenar en casa de un distinguido filántropo neoyorquino. Después de la cena, nuestra anfitriona nos llevó a un enorme salón. Mientras entraban los otros invitados, vi dos cosas inquietantes: algunos empleados estaban acomodando pequeñas sillas doradas en largas y ordenadas hileras, y, al frente, había instrumentos musicales apoyados contra la pared. Al parecer, no podría escapar de una velada de música de cámara.

Hablo de "escapar" porque la música no significaba nada para mí: no tengo oído musical y cantar la más simple tonada me exige un inmenso esfuerzo. Además, entonces pensaba

que la música seria no era más que una mezcla de ruidos. Así que actué como siempre que me veía atrapado: me senté y, cuando comenzó la música, fijé en mi rostro una expresión de concentración inteligente —o al menos eso esperaba—, cerré mis oídos al mundo exterior y me sumergí en mis propios pensamientos, en realidad completamente irrelevantes.

Un rato después, cuando noté que los demás aplaudían, concluí que era seguro destapar mis oídos. En ese momento, escuché a mi derecha una voz suave pero muy penetrante.

—¿Le gusta Bach? —preguntó.

Yo era escritor y sabía tanto de Bach como de fisión nuclear. Pero sí conocía ese rostro, uno de los más

renombrados del planeta, con la famosa mata desordenada de cabello blanco y la omnipresente pipa en la boca. Estaba sentado junto a Albert Einstein.

—Bueno —dije, incómodo, y vacilé.

Era una pregunta informal; lo único que debía hacer era responder de la misma forma. Pero en los extraordinarios ojos de mi vecino pude ver que no me hablaba por mera amabilidad: para él, nuestro intercambio

bra. Un murmullo creciente de especulación y desconcierto siguió nuestros pasos. Einstein no le prestó la menor atención.

Me llevó al segundo piso. Era evidente que conocía bien el lugar. Abrió la puerta de un estudio revestido de libros, me hizo entrar y cerró la puerta.

—Bien —dijo—. ¿Podría decirme, si es tan amable, desde cuándo siente eso por la música?

—Toda mi vida —le dije, sintiéndome muy

"¿VE?", GRITÓ EINSTEIN CUANDO DEJÉ DE CANTAR. "¡SÍ TIENE OÍDO!"

verbal parecía tener una gran trascendencia. Sentí, sin asomo de duda, que ése no era un hombre al que se le decía una mentira, por pequeña que fuera.

—No sé nada de Bach —añadí—. Nunca he escuchado su música.

Una mirada de asombro y confusión apareció en el expresivo rostro de Einstein.

—¿Nunca ha escuchado a Bach?

Fue como si hubiera dicho que jamás me había dado un baño.

—No es que no quiera que me guste Bach —me apresuré a contestar—. Lo que pasa es que casi no tengo oído musical, y realmente nunca he escuchado la obra de ningún músico.

La mirada del viejo señor se llenó de preocupación.

—Por favor —dijo de pronto—. ¿Vendría conmigo?

Se levantó y me tomó del brazo. Me incorporé. Mientras me guiaba a través del abarrotado salón, mantuve mis avergonzados ojos fijos en la alfom-

mal—. Pero debería volver a la sala para seguir escuchando, doctor Einstein. El hecho de que yo no lo disfrute no importa.

Sacudió la cabeza y frunció el ceño, como si yo hubiera dicho algo completamente intrascendente.

—Dígame, por favor, ¿hay algún tipo de música que le guste?

—Bueno, me gustan las canciones con letra y la música con una melodía que pueda seguir.

Sonrió y asintió con la cabeza, evidentemente satisfecho.

—¿Podría darme un ejemplo?

—Bueno —me arriesgué—, casi cualquier cosa de Bing Crosby.

—¡Muy bien! —dijo, enérgico y asintiendo de nuevo.

Fue hasta un rincón, abrió un fonógrafo y buscó entre los discos. Yo lo miraba con incomodidad.

—¡Ah! —dijo al fin, feliz.

Puso el disco y el estudio se llenó con los alegres y relajantes compases de *When the Blue of the Night Meets the Gold of the Day*, de Bing Crosby. Einstein me sonrió y llevó el ritmo con su pipa. Después de tres o cuatro frases, detuvo el fonógrafo.

—Bien —me dijo—. ¿Podría decirme, por favor, qué acaba de oír?

La respuesta más simple parecía ser cantar la letra. Y eso hice, tratando de no desafinar y de que no se me quebrara la voz. La expresión del físico se iluminó como un amanecer.

—¿Ve? —gritó con regocijo cuando dejé de cantar—. ¡Sí tiene oído!

Mascullé que era una de mis canciones favoritas y que la había oído cientos de veces, por lo que eso no probaba nada.

—¡Tonterías! —dijo—. ¡Lo prueba todo! ¿Recuerda su primera clase de aritmética? Imagine que, en su primer contacto con los números, su maestro le hubiera ordenado que resolviera un problema con, digamos, divisiones o quebrados. ¿Cree usted que habría podido hacerlo?

—No, claro que no.

—¡Exacto! —dijo él, haciendo un movimiento triunfal con su pipa—. Habría sido imposible y usted hubiera reaccionado con pánico, cerrando su mente. Como resultado de ese pequeño error del maestro, tal vez usted hubiera perdido para siempre la capacidad de ver la belleza de las divisiones y los quebrados —su pipa hizo otra expresiva ola—. Pero ningún maestro sería tan insensato en el primer día de clases; comenzaría con lo más



elemental y, luego, cuando usted pudiera resolver problemas sencillos, pasaría a las divisiones y los quebrados. Lo mismo sucede con la música.

—Esta simple y encantadora cancioncita —dijo, tomando el disco de Bing Crosby— es como las sumas y las restas elementales. Como usted ya la domina a la perfección, es hora de pasar a algo más complejo.

AL TÉRMINO DEL CONCIERTO UNÍ MI APLAUSO SINCERO AL DE LOS DEMÁS.

Tomó otro disco y lo colocó en el aparato. *The Trumpeter*, cantada por la bella voz de John McCormack, inundó la habitación. Poco después, el físico apagó la música.

—¡Bien! —dijo—. ¿Me cantaría lo que escuchó, por favor?

Lo hice, con mucha timidez, pero, para mi sorpresa, con bastante precisión. Él me observaba fijamente con una mirada que sólo había visto una vez en mi vida: en el rostro de mi padre mientras me escuchaba dar el discurso de despedida en mi ceremonia de graduación de la secundaria.

—¡Excelente! —comentó Einstein cuando hubé terminado—. ¡Maravilloso! ¡Y ahora esto!

“Esto” resultó ser Caruso, en lo que era, para mí, un fragmento irreconocible de la ópera *Cavalleria Rusticana*. No obstante, logré reproducir algo parecido al canto del famoso tenor. Él sonreía complacido.

A Caruso le siguieron al menos doce obras más. Yo estaba maravillado de que ese gran hombre, en cuya com-

pañía había quedado por casualidad, estuviera tan concentrado en lo que estábamos haciendo, como si yo fuera su único interés.

Finalmente llegamos a grabaciones de música sin letra, que Einstein me pedía que tarareara. Cuando debía alcanzar una nota aguda, el físico abría la boca e inclinaba la cabeza hacia atrás, como si quisiera ayudarme a lo-

grar lo imposible. Al

parecer, estuve bastante cerca, pues de repente apagó el fonógrafo.

—Ahora, muchacho, ¡estamos listos para Bach! —me dijo, poniendo su brazo en el mío.

Mientras tomábamos asiento en el gran salón, los músicos afinaban para comenzar una nueva pieza. El hombre sonrió y me dio una palmadita tranquilizadora en la rodilla.

—Sólo permítase escuchar —me susurró—. No se necesita nada más.

En realidad no era así. Sin el esfuerzo que acababa de dedicarme, a mí, un perfecto extraño, jamás habría podido escuchar, como lo hice aquella noche por primera vez en mi vida, la obra *Las ovejas pueden pastar seguras*, de Bach. La he oído muchas veces desde entonces. Creo que jamás me cansaré de hacerlo, porque nunca la escucho solo: me acompaña un hombre bajo y robusto, con una mata de desordenado cabello blanco, una pipa apagada entre

los dientes y una mirada que abarca, en su extraordinaria calidez, todo el asombro del mundo.

Cuando terminó el concierto, uní mi aplauso sincero al de los demás.

De pronto, nos confrontó nuestra anfitriona, quien dijo, lanzándome una mirada glacial:

—Lamento mucho, doctor Einstein, que se haya perdido buena parte de este concierto.

Einstein y yo nos levantamos.

—Yo también —dijo—, pero mi joven amigo y yo nos dedicamos a la más portentosa actividad de la que es capaz el ser humano.

—¿De verdad? —dijo, perpleja—. ¿Y que actividad es ésa?

Einstein sonrió, puso su brazo sobre mis hombros y pronunció diez palabras que, al menos para una persona que está en deuda eterna con él, son su epitafio:

—Explorar un espacio más en la frontera de la belleza.

Albert Einstein era un apasionado de la música. Alguna vez dijo: "Si no fuera físico, probablemente sería músico". Jerome Weidman era un novelista estadounidense.

Esta historia se publicó por primera vez en Reader's Digest en 1955.